

con la codicia del deseo, con el propósito de salvar, para poseerla, aquella divinidad que el desastre ponía á su merced.

María vió esta mirada, la comprendió, y, rápida, con furia de hembra á quien le disputan el macho, alzó su arma y la descargó contra el cuello de Julia.

Esta quiso evitar el golpe, pararlo con la mano. No pudo. Bajó silbando el hacha, partió por los dedos la mano é incrustó su filo en la garganta de la hermosa.

Julia, tras un último esfuerzo para tenerse en pie, cayó de golpe, desplomada, como un ídolo roto, sobre las baldosas, que se tiñeron con su sangre.

## VI

Amanecía. La luz pálida de la aurora daba misterio al patio. En su centro, el cadáver de Julia, profanado por las mujeres, yacía en desnudez total. La última gota de su sangre salióse por la herida. En un capricho feroz, en un refinamiento salvaje, las hembras del jornal, luego de escarnecerlo, habían lavado el cuerpo de la hermosa.

A los rayos del alba el cadáver aparecía blanco. No carne, mármol era en su alabastrina frialdad; helénica estatua que recordaba á la Venus de Milo, con su brazo mutilado, falto de la mano que la divina hetáira extendía para enseñar á los inmortales su lecho.

Manuel, sentado en una piedra, con el codo sobre la rodilla, el hacha á los pies y el mentón en el puño, la contemplaba silencioso, paseando por ella el mirar de sus claros ojos de halcón.

Así debieron contemplar los caudillos bárbaros á las hembras de mármol, rotas por el hacha de sus guerreros en la capital de los Césares.











